

Otra réplica a mis nuevos críticos

Si Waldo Pérez Cino quiere convencer a los lectores de que yo, sin ton ni son, me doy por aludido para crear una polémica y conseguir protagonismo, debería nombrar a otros críticos que se han acercado al libro de García Vega de la forma descrita por Juan Manuel Tabío. Pérez Cino no los menciona, y Tabío no niega su alusión a *Límites del origenismo*. Es evidente, entonces, que el argumento principal de Pérez Cino es falso: no es que yo me sienta aludido, es que efectivamente Tabío me alude en su prólogo, cuando se refiere a la “injusticia poética” que comporta el “refutar los hechos referidos por García Vega y las opiniones por él expresadas mediante la confrontación con una realidad previa, y exterior a ese texto en el que hechos y opiniones vienen dados”.

Él hubiera podido no referirse a mi lectura, o simplemente mencionarla entre otros acercamientos al libro de García Vega, pero decidió hacerlo para proponer a continuación una lectura que le parece más “fructífera”. Que no me nombre no significa que no polemice. ¿Acaso no polemizaba el primer editorial de *Gaceta del Caribe* con *Espuela de Plata*, *Clavileño* y *Nadie parecía*, aun cuando no dijera el nombre de esas revistas? ¿No polemizaba Mañach con los origenistas, en “El estilo en Cuba y su sentido histórico”, aun cuando no nombrara a ninguno de ellos? ¿No polemizaba Guy Pérez Cisneros, en “Luces de Cuba”, con *La isla en peso* y los negristas, aun cuando no mencionara a Piñera ni a Guillén ni a Carpentier? ¿No polemizaba Fina García Marruz con Piñera, en “Lo exterior en la poesía”, aun cuando no lo mencionara? ¿No polemizaba Tomás Gutiérrez Alea con *P.M.*, en “El *free cinema* y la objetividad”, aun cuando no mencionara el nombre del filme ni el de sus realizadores?

En el caso que nos ocupa, no se trata en modo alguno de una simple alusión de pasada que mi suspicacia habría magnificado. Significativamente, Tabío comienza tomando distancia de esa mala lectura “realista” y hacia el final, para cerrar su argumento, vuelve a referirse a la misma cuando afirma, por ejemplo, que “la única manera de elevar legítimamente testimonio es manteniéndose fiel a la singularidad de su mirada”, la de García Vega. El énfasis en que “los enunciados de Bernhard solo adquieren su sentido cabal cuando son leídos como la destilación de su sombrío humorismo nihilista antes que como la relación de un estado del mundo; los de Bloy, cuando se entienden exclusivamente en correspondencia con su peculiarísima cosmovisión, que percibe la realidad social de acuerdo con un código simbólico y aun anagógico. Tomarlos como algo distinto de rasgos de estilo sería, en uno y otro caso, desvirtuarlos”, y en que el caso de García Vega es semejante al de aquellos, no se entiende sin una crítica anterior, que haya objetado las ideas de García Vega más allá del estilo, de la idiosincrasia del autor. Ese referente, no mencionado pero esencial en la dialéctica de Tabío, está en *Límites del origenismo*. Soy yo quien ha criticado allí desde “premisas realistas” *Los años de Orígenes*, señalando el fundamento marxista de “La opereta cubana de Julián del Casal” y lo problemático de una idea de la tradición cubana que es, en buena medida, una extensión de este ensayo.

Y he pagado un precio por ello: en 2006 Carlos M. Luis publicó en *El Nuevo Herald* una demoledora reseña de *Límites del origenismo*, donde contaba las veces que yo citaba a cada autor origenista a lo largo el libro. De un total de 1125 citas, 245 correspondían al matrimonio Vitier-García Marruz. Carlos M. Luis sugería entonces que yo privilegiaba la visión del origenismo que daban estos. Tras su disgusto estaba obviamente mi lectura crítica de *Los años de Orígenes*. “En el último capítulo de su libro titulado “Empalmes, cortocircuitos, apagones”, Duanel Díaz le dedica sus más escogidas críticas negativas a Lorenzo García Vega negándose a comprender por qué

muchos jóvenes se han acercado con admiración a su obra. Me parece que la razón se hace patente después de la lectura de sus libros entre éstos el que le brindó fama inmediata: *Los años de Orígenes*. A pesar de las críticas que Duanel Díaz les hace aquí y allá a los Vitier y compañía, lo cierto es que salen ilesos de las mismas trascendiendo los límites del origenismo para concluir identificados con los desechos ideológicos de la revolución”. (*El Nuevo Herald*, 22 de enero de 2006, p.4D)

Mi crítica de *Los años de Orígenes* motivó aquella primera caricatura que me hizo Carlos M. Luis, y motiva la que hace ahora Waldo Pérez Cino. Las dos tienen en común la incapacidad de refutar mis argumentos, y la negativa a reconocer originalidad alguna en ellos. Carlos M. Luis veía vitierismo, Pérez Cino una reproducción de aquella crítica prescriptiva tan poco inteligente, tan de otra época. Una crítica razonada de parte de *Los años de Orígenes* y otros ensayos menos conocidos de su autor queda reducida, en la versión de Pérez Cino, a cosa casi patológica, extremismo. Ibrahim Hernández Oramas lleva la caricatura aun más allá: “si un señalamiento le ha interrumpido el habla, ha logrado epatarlo, lo mantiene al borde de la apoplejía, es el que entiende sin rodeos a *Los años de Orígenes* como una novela”, dice. Pero quien lea “La nueva ortodoxia, el marxismo, y la literatura cubana según García Vega”, verá que a eso de *Los años de Orígenes* como novela no le dedico más de dos líneas.

Exaltado, Hernández Oramas sube innecesariamente el tono de la polémica, sacándola de quicio, cuando trae a colación el conjunto de mi obra, para afirmar que mi incapacidad para “la crítica y el ensayo literarios” se da de cabeza contra ese muro inexpugnable que viene a ser el libro de García Vega. He aquí un ejemplo clarísimo de aquella falacia que la retórica clásica llamó *petitio principii*, “suponiendo el punto inicial”. 1. Duanel Díaz no vale como crítico literario. 2. *Los años de Orígenes* es literatura. 3. Por lo tanto, el acercamiento de Duanel Díaz a esa obra de

García Vega es nulo. Hernández Oramas no prueba el punto 1, y el punto 2, el carácter fundamentalmente literario de *Los años de Orígenes*, en el sentido en que él lo ve, esto es, como ficción absoluta, tampoco, pero aun concediéndole momentáneamente ese punto, se trataría de una petición de principio: la conclusión está contenida en la premisa.

Pérez Cino señala, por su parte, una contradicción entre mi crítica de García Vega y *Palabras del trasfondo*. Estaría yo aplicando aquel “baremo crítico” que yo mismo critiqué en ese libro. Si antes se hizo un uso ideológico de la literatura, por parte del castrismo, yo haría lo mismo ahora, desde el anticastrismo. Insisto: yo no hago un “uso ideológico” de algo que está al margen de la ideología; señalo esa parte ideológica de algunos ensayos fundamentales de García Vega. El argumento de Pérez Cino sería pertinente si yo hubiera criticado una pintura abstracta por no representar a las Damas de Blanco, o, a semejanza de aquel Martí enardecido de Hardman Hall y Steck Hall que decía que mientras Cuba fuera colonia española no había tiempo que dedicarle a la literatura, estuviera planteando que la crítica literaria debe ser puesta *on hold* hasta tanto el castrismo haya terminado.

Pérez Cino se pierde con mi referencia a 1993, no consigue ubicarla. Le hago, pues, un poco de historia literaria: ese año se conmemoró el centenario de la muerte de Julián del Casal, y por ello fue un hito en el combate contra el marxismo oficial. *Julián del Casal In Memoriam*, el inopinado y magnífico número especial de *La Habana Elegante* que preparó Francisco Morán, bien lo atestigua. El autor de *Nieve* fue reivindicado allí como un adalid de la literatura pura, de un interior estético, el del coleccionista, y un exterior también estético, el del *flâneur*, de ese tipo de vida literaria, en suma, que el canon marxista había anatematizado. Pedro Marqués: “Fue el único en oponerse al triángulo tainiano: raza, medio, momento”. (“Estertores de Julián del Casal”, en *Prosa de la nación*, Casa Vacía, 2017, p.12). Ponte: “Casal ambicionó, como nosotros, que todo

fuera signo erguido” (“Casal contemporáneo”, en *El libro perdido de los origenistas*, Aldus, 2002, pp.41).

Ahora bien, como analicé en el último capítulo del libro que Pérez Cino menciona, a medida que avanzaba el deshielo y la ideología marxista-leninista, arrastrada por las consecuencias de la caída del Muro de Berlín, se vino abajo, la autonomía de la literatura fue variando de sentido, hasta llegar a recortar una zona de tolerancia: se puede ya cultivar la escritura, al margen de otro tipo de cuestionamientos. La crítica, por mi parte y por parte de otros, de esta nueva ortodoxia, de lo que el énfasis en la trascendencia o prioridad absoluta de lo literario puede comportar implica, entonces, una advertencia de este cambio de situación, pero en modo algo propone erigir la valoración política como canon, vara de medir para todas las obras. Cuando, al final de mi primera réplica a Tabío afirmo que “la persistencia del castrismo, y su significación histórica, justifica, por sí solo, el intento de una nueva mirada hacia *Los años de Orígenes*. Más que nunca, nuestras palabras deben ser comprendidas como palabras dichas por cubanos, así como comprendidas dentro de un contexto determinado”, estoy apropiándome, evidentemente, de un mandamiento del propio García Vega. Se trata de una especie de *détournement*, donde aprovecho al propio García Vega para su crítica, lo vuelvo contra sí mismo. Sustituyo “los años de *Orígenes*” por *Los años de Orígenes*, no por *Son gotas de autismo visual*, *Palíndromo en otra cerradura* o *Espacios para lo huyuyo*.

La reacción de Pérez Cino, señalando en ello un intento jacobino de guillotinar en efigie a García Vega, o un anacrónico manifiesto en favor del pensamiento único, muestra, de nuevo, el doble rasero que ostentan mis nuevos críticos. En García Vega aquellas palabras son estilo, nunca discurso. En mí son sólo consigna, receta. La crítica “situada” no molesta, siempre que la haga García Vega. Si la hago yo, es atavismo positivista. García Vega puede criticar autores, obras y

generaciones, sin ser tachado de dogmático. Pero criticar a García Vega, discutir su lectura de la tradición cubana equivale a desvirtuar la “verdadera dimensión literaria” de su libro. No puede ser más flagrante la contradicción en descalificar, como hace Tabío en su prólogo, toda lectura discursiva de *Los años de Orígenes* en nombre del texto, del estilo, cuando se trata justamente de García Vega, que no dejó de cuestionar esta idea formalista de la literatura. O en oponer, como hace Hernández Oramas, a mi “lectura literal y rudimentaria” del libro de García Vega, “la particular verdad de lo fictivo”, cuando su autor criticó implacablemente la “mentira poética”, y antes que como *fingidor*, prefirió verse como notario.

En el ensayo publicado en *La gaceta de Cuba* y reproducido en *Diario de Cuba* al que nos remite ahora, Hernández Oramas lleva al límite su consagración de *Los años de Orígenes*, presentándolo como una especie de *non plus ultra* de la literatura cubana. Así hablaba, como Zaratustra, quien me acusa de dictaminar, de sentar cátedra. “Cada escritor cubano que sienta la tradición como dificultad y angustia debe colocar en *Los años de Orígenes* el reflector de sus devaneos... *Los años de Orígenes* encierra la antinovela de formación... *Los años de Orígenes* opone a la enredadera barroca las formas paranoides del estilo centroeuropeo... *Los años de Orígenes* compone un anagrama inexacto y disidente de *Paradiso*... *Los años de Orígenes* cancela en su forma abierta a *Paradiso*... *Los años de Orígenes* es la novela cubana de Thomas Bernhard o Thomas Bernhard es el Lorenzo García Vega austriaco...” Y seguía, afeándoles a algunos escritores de la “generación cero” no haber comprendido bien esa verdad revelada: “Por esta razón, cuando Oscar Cruz escribe “Lezama/el pacto” e ilustra sus poemas con la página de Facebook de los origenistas, cuando Pablo de Cuba habla de un “Destrocadero Lezama”, cuando los textos de Legna Rodríguez Iglesias, como parte de su poética *beatnik*-naif, aluden a *Paradiso* (o, lo que es lo mismo en el último caso, al propio García Vega), los escritores cubanos de vanguardia cometen

un pecado de elisión, enfilan sus cañones al lugar del error, evitan la angustia y el desafío de la dificultad...” (“*Paradiso*, escritura sagrada, letra muerta”, http://www.diariodecuba.com/de-leer/1499424568_32403.html)

Después de leer esto, entiendo mejor la reacción de Hernández Oramas a mi crítica de *Los años de Orígenes*. Si los escritores cubanos de vanguardia no han estado a la altura del desafío que supone este libro de García Vega, cómo voy a estarlo yo. Imposible que mi “bojeo ideológico” consiga captar esa sustancia inefable, refractaria a todo análisis que Hernández Oramas ahora llama “la grandiosa indivisibilidad de su verdad fictiva”. Para eso se necesitaría algo más que un Sebastián de Ocampo, yo diría que un Juan de Patmos, o de Yepes. Porque *Los años de Orígenes* según Hernández Oramas es no ya una novela, sino algo así como el Santo Grial, o la mismísima piedra filosofal. Y la única crítica posible de semejante obra, la única apropiada, la única que le hace justicia, que no la desvirtúa, sería entrar en su corriente, seguir el flujo de su escritura inagotable, en última instancia repetirla, identificándose del todo con su autor; al modo de Pierre Menard, volver a escribir *Los años de Orígenes*.

Yo no sugiero que haya que adoptar el punto de vista de García Vega para leer todos los libros ni siquiera todos los libros suyos; sólo pido que cuando alguien adopte esa perspectiva crítica, no se desestime automáticamente su lectura tachándola de “sociológica”. La enfática reivindicación de lo literario resulta, después de todo, una simplificación, una falsa dicotomía: en un extremo la literatura, en el otro lo ideológico; y en medio un cisma insalvable, un vacío, ni aire siquiera, porque el aire trasmite el sonido, posibilitando la comunicación, la contaminación. De un lado la verdadera crítica literaria, la de raza, del otro la crítica política, la historia, la historia intelectual, la historia de las ideas, los perros satos... Mis nuevos críticos reivindican la hibridez para la

literatura, pero en lo tocante a la crítica son puristas, no admiten mezcla: ahí la partición de aguas es clarísima, no hay estuario posible. Pierden de vista que existen no dos sino muchos tipos de crítica, y el valor de cada una, en cada caso, está en cuánta luz consigan echar sobre su objeto, en lo nuevo que digan sobre él, en cómo nos hagan ver a los lectores cosas que acaso no habíamos advertido antes.

Y para conseguir esto, no siempre sirve la teoría literaria. Tabío ahora me reprocha conceder a Bloy y a Bernhard, europeos, un privilegio del que García Vega, cubano contemporáneo del castrismo, no disfruta. Pero cuando yo hablaba de “crítica situada” no me refería a una crítica necesariamente política; el contexto, la “situación”, es también la literatura nacional. No es eurocentrismo, es un hecho: cuando Barthes y Blanchot escriben sobre la literatura francesa, escriben sobre literatura universal. No hay “gap” para ellos entre lo nacional y lo universal. Se pasa fácilmente del objeto de estudio –Voltaire, Mallarmé, Proust, Camus– a una idea general sobre la escritura, sobre la literatura. La operación inversa, inspirarse en las teorías de esos autores para acercarse a los textos cubanos, no siempre resulta productiva. Estas grandes ideas podrían más bien ser un obstáculo; se meten entre el objeto y la mirada crítica, nublan.

Hay que leer a Barthes, y hay que leer a Blanchot. Conviene asimismo, luego de leerlos, olvidarlos.